

JORNADA TERCERA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO



El viejo jardín en una tarde otoñal y dorada. Dos palomas se arrullan posadas en la piedra de armas, y los vencejos, que revolotean sobre la torre señorial, trazan en el azul signos de quimera con la punta negra del ala. De tiempo en tiempo, un estremecimiento recorre el jardín y luego todo vuelve á quedaren silencio de misterio: El misterio de los mirtos centenarios, de las fuentes abandonadas, de las rosas que se deshojan en los rosales... Doña Malvina, la dueña, hace calceta sentada en un banco de piedra y atisba por encima de los espejuelos hacia la puerta del jardín, donde acaba de aparecerse el señor Abad de Brandeso.

EL ABAD

Acaban de contarme que llegó esta mañana toda la familia. ¿Cómo han sido esas paces, Doña Malvina?

EL MARQUES DE BRADOMIN

DOÑA MALVINA

Dios Nuestro Señor que dispone todas las cosas. Ya conoce aquella súbita resolución que tomó la señorita al leer la carta de las niñas. Llegamos á Viana caladas de agua y muertas de miedo. Yo durante el camino no hice otra cosa que rezar... Las olas montaban por encima de la barca. ¡Y qué serenidad la señorita! Solamente la vi temblar cuando llegamos á la puerta de su casa. Estaba pálida como una muerta. Pensé que iba á caerse. Sin pronunciar una sola palabra subió las escaleras y abrazó á las niñas, que salieron á recibirla. Crea que me daba miedo verla tan pálida, con los ojos secos. Tomó á las niñas de la mano y siguió con ellas...

EL ABAD

¡El trance habrá sido al entrar en la alcoba donde estaba el marido enfermo?

— 128 —

EL MARQUES DE BRADOMIN

DOÑA MALVINA

Llegó, le besó las manos de rodillas, y entonces por primera vez lloró... Las niñas también lloraban, como si las inocentes comprendiesen.

EL ABAD

¿Y el marido?

DOÑA MALVINA

No la conoció.

EL ABAD

¿Y ahora?

DOÑA MALVINA

Lo mismo. Solamente conoce al criado que le acompañaba siempre.

EL ABAD

Ya llevaba mucho tiempo desmemoriado. Ultimamente habrá tenido noticia de la llegada del ilustre Marqués de Bradomín.

— 129 —

EL MARQUES DE BRADOMIN

DOÑA MALVINA

Aun cuando no lo dice, ese remordimiento tiene la señorita. Siete días estuvo á su cabecera, día y noche, velándole. A todos nos tenía pasmados que tuviese fuerzas estando como está tan delicada. ¡Y ahora le cuida y sirve con un amor!

EL ABAD

¿Y el ilustre Marqués, no ha vuelto á mostrarse?

DOÑA MALVINA

Mis ojos no le han visto más.

EL ABAD

Hace dos días continuaba en el Pazo de Lantañón.

DOÑA MALVINA

Entonces allí seguirá.

EL ABAD

¿Y si vuelve?

— 130 —

EL MARQUES DE BRADOMIN

DOÑA MALVINA

Si vuelve... Como ahora no hacen sufrir á nadie.

EL ABAD

Pero ofenden á Dios, Doña Malvina.

POR un sendero del jardín vienen dos niñas que parecen dos princesas infantiles, pintadas por el Tiziano en la vejez. Las dos son muy semejantes, rubias y con los ojos de oro. La mayor se llama María Fernanda, la pequeña María Isabel. Llegaban sofocadas de sus juegos, y la onda primavera de sus risas se levantaba armónica entre los viejos mirtos.

MARIA ISABEL

¡Señor abad!

MARIA FERNANDA

¡Don Benicio!

EL ABAD

¡Señoritas! ¡Qué altas y qué preciosas!

MARIA FERNANDA

María Isabel no ha crecido. ¡Yo sí!

— 131 —

EL MARQUES DE BRADOMIN

MARIA ISABEL

Tú has crecido más, pero yo también crecí.

MARIA FERNANDA

Te sirven todos los vestidos que tenías.

EL ABAD

Yo á las dos las encuentro hechas unas mujeres.

DOÑA MALVINA

¡Todavía han de pasar muchos años!

EL ABAD

¿Cuál es la más aplicada?

MARIA FERNANDA

Yo las cuentas no las entiendo, pero la Historia Sagrada la sé toda.

EL ABAD

¿Y tú María Isabel?

— 132 —

EL MARQUES DE BRADOMIN

MARIA ISABEL

¡Yo también!

EL ABAD

¿Y además entiendes las cuentas?

MARIA ISABEL

Eso no...

MARIA FERNANDA

Las cuentas no las entiende ninguna niña. En el convento somos quince educandas y sólo una las entiende.

EL ABAD

Pues ya hay una.

MARIA ISABEL

Pero en cambio, Sor María Salomé, que tiene cerca de ochenta años, siempre que nos castigan por no saberlas, nos trae dulces á escondidas.

— 133 —

EL MARQUES DE BRADOMIN

MARIA FERNANDA

Porque dice que á ella las cuentas tampoco le han entrado nunca en la cabeza. ¡Y tiene cerca de ochenta años!

EL ABAD

¿Y la doctrina, la sabéis?

MARIA FERNANDA

Sí, señor.

EL ABAD

¿Cuántos son los mandamientos de la ley de Dios?

MARIA FERNANDA

Los mandamientos de la ley de Dios, son diez: El primero, amar á Dios sobre todas las cosas; el segundo, no jurar su santo nombre en vano; el tercero, santificar las fiestas; el cuarto, honrar padre y madre; el quinto, no matar; el sexto, ¡larán! ¡larán!

EL MARQUES DE BRADOMIN

EL ABAD

¿Cómo larán, larán?

MARIA ISABEL

¡Larán! ¡larán!

EL ABAD

¡Ah! Sí, el sexto, ¡larán! ¡larán! ¿Y vuestra madre, dónde está?

MARIA FERNANDA

Antes estaba en la capilla.

EL ABAD

¿Y ahora?

MARIA FERNANDA

Ahora...

DOÑA MALVINA

Véala allí, caminando detrás de la litera donde pasean al enfermo.

EL ABAD

¿Una litera?

EL MARQUES DE BRADOMIN

DOÑA MALVINA

Una litera que había en el palacio, del tiempo de los abuelos... Fué idea del señor Marqués para que la señorita pasease por el jardín, una vez que estuvo muy delicada.

EL ABAD

Vamos á saludarla.

EL Abad se aleja por la honda avenida de castaños que comienza á cubrirse de hojas, y allá en el fondo, donde casi se desvanece su balandrán flotante, tropiézase con una dama que baja la escalinata del palacio. Es una dama alta y rubia, de buen donaire y de buen seso, que ostenta un hermoso nombre de rica-hembra. Se llama Isabel Bendaña.

ISABEL BENDAÑA

¡Señor Abad de Brandesol!

EL ABAD

¡Doña Isabel de Bendaña, mi buena amiga! No sabía que se hospedase aquí tan ilustre señora. ¿Cuándo ha llegado usted?

EL MARQUES DE BRADOMIN

ISABEL BENDAÑA

Hoy he llegado acompañando á mi prima Concha.

EL ABAD

A saludarla iba.

ISABEL BENDAÑA

En el jardín está. Siempre al lado de su marido, no se aparta un momento, y le cuida con una especie de fiebre amorosa. El está que parece un niño...

EL ABAD

Es edificante... Pero temo...

Se alejan juntos, por los senderos del abandonado jardín, y se pierden entre el follaje dorado y otoñal de los castaños. Los mirlos cantan en las ramas y sus cantos se responden encadenándose en un ritmo remoto, como el murmullo de las fuentes que en la sombra de los viejos mirtos repiten el comentario voluptuoso que parecen hacer á todos los pensamientos de amor, sus voces eternas y juveniles. El sol poniente deja un reflejo dorado sobre los cristales de la torre, cubierta de negros vencejos, y en el silencio de la tarde aquel

EL MARQUES DE BRADOMIN

jardín lleno de verdor umbrío y de reposo señorial, junta la voz de sus fuentes con la voz de las niñas que rodean el banco donde hace calceta la dueña de los espejuelos doctorales.

MARIA FERNANDA

Pues si no sabes el cuento de las tres princesas encantadas, cuéntanos el de los siete enanos, que ése lo sabes.

MARIA ISABEL

Y sino, cuéntanos el del gigante moro.

DOÑA MALVINA

¡Dios me dé paciencia con vosotras! Os contaré la historia de una dama encantada que se aparece al borde de una fuente que hay cerca de aquí.

MARIA FERNANDA

¿Tú la viste?

EL MARQUES DE BRADOMIN

DOÑA MALVINA

Yo la vi siendo una niña como vosotras. La dama estaba sentada al pie de la fuente, peinando los largos cabellos con peine de oro.

PRÓXIMO al banco se ha detenido Florisel, que pasaba con la jaula de sus mirlos. Al oír las palabras de la dueña, sus ojos brillan llenos de curiosidad.

FLORISEL

Sería una princesa encantada.

DOÑA MALVINA

Era la reina mora que un gigante tiene prisionera.

MARIA ISABEL

¿Y era muy guapa?

DOÑA MALVINA

¡Muy guapa, muy guapa!

MARIA FERNANDA

¿Así como mamá?

EL MARQUES DE BRADOMIN

DOÑA MALVINA

Muy semejante. A su lado, sobre la yerba, tenía abierto un cofre de plata lleno de ricas joyas que rebrillaban al sol. El camino iba muy desviado, y la dama, dejándose el peine de oro preso en los cabellos, me llamó con su mano blanca que parecía una paloma en el aire. Yo, como era una niña, tomé miedo, y dime á correr, á correr...

FLORISEL

¡Si á mí quisiese aparecerse!

DOÑA MALVINA

Cuántos se acercan, cuántos perecen encantados. Vosotras no sabéis que para encantar á los caminantes, con su gran hermosura los atrae, y con la riqueza de las joyas que les muestra, los engaña: Les pregunta cuál de entre todas sus joyas les place más, y ellos, deslumbrados al ver tantos broches y cintillos y ajorcas, pónense á elegir, y así

EL MARQUES DE BRADOMIN

quedan presos en el encanto. Para desencantar á la reina, y casarse con ella, bastaría con decir: Entre tantas joyas, sólo á vos quiero, señora reina. Muchos saben esto, pero cegados por la avaricia, se olvidan de decirlo, y pónense á elegir entre las joyas.

FLORISEL

¡Si á mí quisiese aparecerse!

DOÑA MALVINA

¡Desgraciado de tí! El que ha de romper el encanto no ha nacido todavía.

ISABEL Bendaña y el tonsurado, reaparecen dando compañía á la Señora del Palacio. Caminan lentamente, acompasando su andar al de la dama que de tiempo en tiempo se detiene y alienta con fatiga. Ante la escalinata, cerca del banco donde la dueña refiere á las dos niñas sus cuentos de abuela, hacen el último alto.

ISABEL BENDAÑA

¿No pasa usted Don Benicio?

EL MARQUES DE BRADOMIN

EL ABAD

Perdonen que no les haga más larga visita.

LA DAMA

Señor Abad, que mañana celebra usted la misa en nuestra capilla. No lo eche usted en olvido.

EL ABAD

No lo echo en olvido, no lo echo en olvido. ¡Aquí, Carabell! ¡Aquí, Capitán! Díganle al ilustre Marqués de Bradomín...

LA DAMA

El Marqués de Bradomín, no está en el palacio de Brandeso.

DOÑA MALVINA

Ya lo sabe.

EL ABAD

En el supuesto de que recaiga por aquí, díganle que hace pocos días, cazando con el

EL MARQUES DE BRADOMIN

Sumiller, descubrimos un bando de perdices. Díganle que á ver cuándo le caemos encima. Resérvenlo al Sumiller si viniese por el palacio. Me ha encargado el secreto. ¡Aquí, Carabell! ¡Aquí, Capitán!

DOÑA MALVINA

¡Qué gran raposo! Sóbrale de saber dónde está el señor Marqués. ¿Adónde vais, niñas?

MARÍA FERNANDA

Vamos con Florisel á ver los otros mirlos.

DOÑA Malvina sube la escalinata con las dos niñas de la mano. El Abad desaparece en el fondo de la avenida silbando á sus galgos, con el balandrán flotante y el chambergo en la mano por refrescar la asoleada y varonil cabeza, donde la tonsura apenas se esboza sobre el gris acerado del cabello. Las dos primas quedan solas.

LA DAMA

Xavier llegará dentro de un momento.

ISABEL BENDAÑA

¡Xavier!

EL MARQUES DE BRADOMIN

LA DAMA

¡Temo tanto verle! Temo el encanto de sus palabras, temo que sus ojos me miren, temo que sus manos se apoderen de las mías...

ISABEL BENDAÑA

Pero no...

LA DAMA

¡Volverá á enloquecerme y volveré á caer en sus brazos! Tú, qué me aconsejas Isabel?

ISABEL BENDAÑA

Si es así que no le veas...

LA DAMA

¿Y puedo negarme á decirle adiós, cuando es por toda la vida!

ISABEL BENDAÑA

Xavier no intentará separarte de tu marido. Xavier, mejor que nadie, debe comprender la grandeza de tu sacrificio.

EL MARQUES DE BRADOMIN

LA DAMA

No la comprenderá... Y yo quiero ser fiel á esa pobre sombra, detenida por un milagro delante de la muerte. Quiero ser su esclava, ahora que nada puede exigir de mí. Cuando me sonríe, con su sonrisa de enfermo que vuelve á ser niño, cuando posa sobre mí sus ojos llenos de indecisión, tristes ojos sin pensamiento, el dolor de haberle ofendido se levanta dentro de mí como una ola, como un gran sollozo. Algunas veces cuando estoy sola con él, temo que de pronto tenga un momento de lucidez, y me maldiga, y me arroje de su lado. ¡Tú no sabes cómo esa idea me hace sufrir!

ISABEL BENDAÑA

¿Y Xavier te ha escrito que venía?

LA DAMA

No.